

Hablando con Sabina de la Cruz

VANESA FERREIRO BLANCO
Universidade de Santiago de Compostela
Campus de Lugo

Esta conversación con Sabina de la Cruz, quien compartió su vida con Blas de Otero durante más de doce años, ofrece una mirada ligeramente distinta a la que sugieren los críticos, porque sus recuerdos están llenos de anécdotas. Incluso cuando se enfrenta a la obra del escritor desde una perspectiva más profesional, su visión está muy condicionada por la fuerte relación sentimental que mantenía con él. Hemos estructurado la entrevista en torno a la vida del escritor, su obra, la crítica, su conexión con la literatura gallega y, finalmente, su legado. Fue grabada el día 13 de junio de 2002 en el *Consello da Cultura Galega*, en Santiago, siguiendo las indicaciones del profesor Claudio Rodríguez Fer.

MOENIA: ¿Podría describir los primeros pasos de Blas de Otero hacia la poesía?

SABINA DE LA CRUZ: Blas escribe desde niño, es decir, es un poeta de vocación casi “biológica”. Era un poeta desde niño y todavía se conservan libritos de los estudios primarios y las dedicatorias que hace. Imagino que los libros los usaban tres o cuatro chavalines y entonces allí había dedicatorias en verso que decían “ aquí te entrego la “Terminología” hecha una porquería” y luego, como le gustaban mucho los toros, porque existía una vocación, un interés muy grande en toda su familia —su padre era mecenas de toreros, como, por ejemplo, de Manuel Granero—, entonces, en ese mismo librito de la Terminología, que lo tenía machacado, ponía: “Blasito el aldeanito, (seudónimo torero)”.

M.: ¿Qué elementos biográficos señalaría como marcadores de su vocación?

S.C.: Era el único hombre en casa, de una familia de gente muy rica, los Otero, en la que el único que se había arruinado había sido su padre, por meterse en negocios. Era un hombre así como con muchas ideas, creó la primera radio de Bilbao, que se llamaba “Radio Vizcaya”. Ese hombre, cuando llegó la recesión de los años 1927-28-29, entonces, se arruina. Blas fue un niño rico hasta los diez años, pero ahí se acabó ¿Época feliz? La felicidad era otra cosa, él era un niño, pero tuvo muchos problemas. Él iba a estudiar Letras pero, claro, muere su hermano a los 16 años —que ya había empezado Derecho—, muere su padre dos años más tarde: es el único chico y

tiene que sacar la familia adelante. No pudo aguantar la empresa en la que trabajó más que un año, y era un puesto buenísimo, de secretario del consejo de administración de una empresa metalúrgica, pero no pudo aguantar más de un año. Aquello ya era ir por el camino que no era el suyo y no pudo. Y yo creo que es ahí donde su voluntad, el seguir el camino real —esto, además, avalado por cartas que escribió a sus íntimos amigos, que me las han dado a mí—; piensa que dejar la fábrica y marchar a Madrid a hacer Filología iba a resolver el problema económico, porque iba a hacer oposiciones y se iba a dedicar a dar clases, y al mismo tiempo, podía escribir. Mientras que, si era abogado, iba por un camino tan diferente... Aparte que la fábrica no la aguantaba.

M.: Pero tampoco soportó la carrera de Filología

S.C.: Hizo muy poco, tres meses sólo, porque estando allí, en Madrid, su hermana enfermó de tuberculosis intestinal —en el año 1943 ¿quién no enfermaba de tuberculosis? si estaba prácticamente España llena de tuberculosos—, pero él, con ese espíritu tan crítico que tenía consigo mismo, pensó que la culpa era suya, que él había sido infiel a su madre e infiel a su familia; ¿por qué? por la literatura, ¿por qué? por la poesía.

M.: Esta situación le creará un desequilibrio emocional muy intenso ¿es entonces cuando decide quemar sus poemas?

S.C.: Cuando llegó a casa, buscó todos los poemas, hasta en casa de sus amigos, y los quemó. O sea, que es una crisis vocacional, ese es el origen de las crisis de Blas, y al mismo tiempo de una crisis ética tan fuerte de una persona que ponía a los demás por delante de su propia vida. El problema es que no tenía que haberse dedicado al Derecho, pero lo cierto es que desde ahí a lo que va es, nada menos, que al sanatorio psiquiátrico. Estuvo un año y de allí salió habiendo meditado bien cuál era su vida, y salió afianzado en su propósito de no seguir por el camino de la abogacía, sino por el de la literatura. Se recluyó prácticamente y se dedicó a dar clases de Derecho en casa y así ganaba para su familia.

M.: Estas crisis tan profundas o acaban con la persona o la hacen crecer espiritualmente. ¿Salió fortalecido tras la crisis?

S.C.: Sale fortalecido en su vocación, sin la menor duda, él ya es un poeta y no hay nada que le vaya a sacar de ese camino. Pero como persona, allí encerrado... y además con una cosa terrible, y es que dando así clases sin una cosa fija y escribiendo poesía no tenía dinero y en aquel entonces eran los hombres los que ganaban el pan de la familia y, sobre todo, dentro de la clase social de Blas. Porque una cosa era que no tuviera dinero, pero la clase social seguía siendo la misma: la burguesía de Bilbao.

M.: ¿Intentó en algún momento separarse de ese camino marcado?

S.C.: El primer inconveniente es que pierde la novia. Hay muchas cosas juntas, es decir, tú puedes intentar seguir un camino, pero las normas están fijadas ya, o las cumples todas o lo pierdes todo. Tienes que hacer una opción terrible y es la de perder. O seguir el proyecto ajeno, aunque sea el de tu madre, que ya es duro, o perderte

tú para siempre, ya no ser tú mismo. Blas no pudo hacer otra cosa, él no podía contra su propia vocación, no podía. Se fue por imposible. La explicación la dio un íntimo amigo suyo que ha muerto hace poco, que siguió la carrera diplomática; fue un amigo desde los primeros años; siguió la carrera, hizo Derecho y llegó a ser embajador en Canadá, murió hace cuatro años. Y este me explicaba a mí, yo entonces lo entendí muy bien, me dijo: “yo acompañé a Blas al sanatorio psiquiátrico, yo sé muy bien cómo estaba Blas, él estaba como yo, solamente que yo tampoco era un diplomático, yo me presenté a las oposiciones porque mi padre me lo exigió, mi padre era un hombre fuerte y durísimo, contra el que no se podía uno rebelar; ¿qué ocurre? Que no fui lo que tenía que ser: músico” —era un pianista extraordinario—; “he sido diplomático —dijo—, Blas tenía un opositor mucho más frágil: su madre”. O sea, su madre no le podía obligar más que por su amor, y es cierto que él bajó la cabeza, empezó y no pudo seguir ¿qué le ha costado? Pues le ha costado unas depresiones para toda su vida, depresiones cíclicas, pero ha sido poeta. Me decía : “Sabina, ¿quién ha acertado, él o yo?”.

M.: ¿Contaba con el apoyo de su familia en el desarrollo de su actividad literaria?

S.C.: Claro, es que ahí está. Lo cierto es que él hizo cantidad de sacrificios. Recuerdo que cuando murió la Reina Victoria Eugenia en *ABC* sacaron una portada con la Reina Madre y entonces, en las hojas de dentro, en las de literatura, venían poemas de Blas y entonces le dijeron que comprase el *ABC*, porque venían sus poemas, a pesar de que a él no le habían pedido permiso. Bajé a por los periódicos y cuando los vio dijo que se los iba a mandar a todo correr a su madre, porque por primera vez iba a aceptar que tiene un hijo poeta, porque no se ha leído nunca ni un poema y está muy avergonzada de tener un hijo poeta. Pero claro, salir en *ABC*, donde está la Reina Madre, eso ya es muy importante.

M.: Se le concede mucha relevancia a la educación jesuítica ¿Qué trascendencia le otorga a estos primeros estudios?

S.C.: Los primeros estudios fueron en la escuela de doña María de Maeztu. Tuviron su importancia; digamos que ahí venció el padre, que era liberal, pero al fin venció la madre, que era muy religiosa, y luego fue a jesuitas.

M.: ¿Cómo describiría la actitud religiosa que Blas de Otero plasma en muchos de sus poemas? ¿Se encontraba Dios en su pensamiento cotidiano? ¿Y la Iglesia?

S.C.: Fue sumamente religioso; más que religioso, fue piadoso, es decir, de comunión diaria. Hasta 1946 fue un chico de los jesuitas de Bilbao, es decir, un chico piadoso: catequista, de Acción Católica, perteneciente a todo eso que significaba el ámbito de los Jesuitas, Aun cuando ya no estudiara —porque ya había acabado la carrera—, pero ese es el ámbito. Era el presidente de la Asociación de Estudiantes Católicos de Derecho. Pero la crisis era vocacional, para mí no existe ninguna duda, arrastra consigo absolutamente todo: amores, creencias religiosas, trabajo, respeto social. Todo lo arrastra porque, por supuesto, su director espiritual era también el director es-

piritual de su madre y era director espiritual de su novia. Todo se implica. La ruptura es total, porque no te dejan otra; y bien, entonces, se pone en duda absolutamente todo lo que era el universo de Blas y ahí todo queda arrasado. Y luego, cuando sale ya del sanatorio y después de uno o dos años que estuvo prácticamente encerrado en su casa, es cuando escribe *Ángel y Redoble*; por eso, aunque en los poemas de *Ángel* se hable tanto de Dios y de la muerte, en realidad, él ya dijo: “si yo me examino con sinceridad, yo ya no era creyente”. Pero ¿se puede decir que en un momento dado dejas de ser creyente? Eso no es así de fácil.

M.: En todo caso, rompería con la Institución, no con su fe.

S.C.: Claro, rompió con la Institución, más que nada porque rompieron con él. Lo otro es ir desprendiéndose ya de amarras, posiblemente muy ayudado por el entorno, y es entonces cuando conoce a gente de Bilbao, como los círculos de pintores, sobre todo, y comienza a tener allí unos amigos que tenían otra interpretación de la historia, y es cuando comienza a leer libros que hablan de que el ser humano ha de ser feliz. Tenía una frase preciosa: “los niños nacen para ser felices, no para sufrir en este valle de lágrimas, sino para ser felices”. Es otro concepto mucho más humano y más gratificante que el del valle de lágrimas, y entonces él comienza a leer textos de dialéctica materialista, marxismo. Es un camino difícil, lo que pasa es que exteriormente ya había roto con todo lo que era el entorno. Es que te hacían romper, o sea: si eres de comunión diaria, tú no puedes empezar a dejar de ir a misa los días de labor, porque, claro, te decían: “¡ay, ayer no estuviste!, ¡ayer no comulgaste!” Era otro mundo. Los jóvenes teníais que saber apreciar la libertad que se goza ahora para elegir lo que queréis. Es que entonces no se podía elegir, estabas predeterminado.

M.: Se le ha concedido mucha importancia a la repercusión que han tenido en su poesía las muertes de su hermano y de su padre. ¿Considera usted que está presente a lo largo de su obra la idea obsesiva de la muerte?

S.C.: No creo que eso sea verdad; yo pienso que en Blas aparece muchas veces palabra “muerte”; sin embargo, la muerte no hay que entenderla, creo yo —y creo que he leído muy bien la obra de Blas—, como la muerte física; es decir, sobre la muerte física no tenemos poder; así que escribir y rebelarse contra la muerte sería un poco inútil; no es eso. ¿Dónde creo yo realmente que está el sentido de la muerte en esa etapa existencial? Pues lo que dicen los principios filosóficos. Lo dice muy bien Heidegger en *Ser y Tiempo*: “¿qué es el hombre en esta sociedad?; un ser que no hace aquello que su interior, su vocación, sus condiciones intelectuales le piden”. Es decir, el músico no puede dedicarse a ser músico si su padre no se lo permite; digamos que está haciendo una vida que los demás han dibujado para él, pero no es él; es lo que él llama “el ser interpretado”. Este concepto, esta angustia, ya estaba en Rosalía, que en este sentido es una anticipada a esto que después aparece en la filosofía; esa inquietud, ese no vivir, o un vivir muriéndose, pero no por el miedo a la muerte real, sino a otra muerte que es muchísimo peor que la muerte, que es ese morir tú y que sea otro el que está viviendo dentro de tu cuerpo; y que seas un abogado, como le pasaba a Blas, en una sociedad donde tienes que cumplir un papel determinado y tú no eres

eso. Entonces ¿qué eres? Eres como una pieza dislocada, no estás en tu sitio, sientes un sufrimiento aterrador. Esto es lo que sucede cuando tienes una auténtica vocación. ¿Cuánta gente existe de auténtica vocación? La mayor parte nos acomodamos, pero existen personas de una vocación de verdad y esos son unos desgraciados en la vida como no consigan ser lo que ellos realmente son.

M.: ¿La literatura le ayudaba a superar los momentos de crisis?

S.C.: Le ayudaba no sólo en momentos de crisis, sino que creo que siempre. Esos momentos conflictivos en los cuales las normas sociales son tan estrictas, tan estrictas, que ahogan al individuo; entonces, ¿dónde va a refugiarse? Si en la rebelión te juegas la vida, tiene que haber algún refugio, que es el de la intimidad y realmente el de la creación. Es clarísimo, y en Blas, también. O sea que, en la segunda etapa, que es la de poesía social, existe un grupo muy grande de intelectuales, no solamente de poetas, que realmente se enfrenta con el poder. Así, la censura les prohíbe los libros. Se enfrentan con el poder a través de la obra poética, porque Blas no se enfrentó de otra manera más que a través de su poesía, pero le costó el tener que publicar en Francia.

M.: ¿Es Blas de Otero para usted un poeta existencialista o social?

S.C.: La poesía de posguerra tiene dos momentos muy caracterizados, cuyo centro de interés es el mismo, el que configura la filosofía del S. XX: “el hombre en su conflictivo existir”. En un primer periodo contempla la experiencia lírica de la intimidad personal y en una segunda gran etapa dirige su atención a la dimensión colectiva del existir en la historia. Es decir, el ser humano nunca es solamente alguien que está contemplando ese sufrimiento personal, porque al mismo tiempo tiene que seguir en la vida, tiene que participar en la historia, nunca nos podemos encerrar. Dentro de todo ser humano hay dos dimensiones: la íntima, con las experiencias personales e intransferibles y después la colectiva. Es la que está presente en la segunda etapa de la posguerra. Ambos momentos enlazan con el S. XIX en poner el acento en el sentimiento exacerbado del individuo frente a los poderes que pretenden configurar y dirigir tanto el trayecto personal y vital como la historia. Sobre todo es a partir de la Restauración cuando la sociedad burguesa, ya como compartimento bien asentado, cierra toda posible rebeldía. La burguesía, con las normas tan fijas que tenía, fija unas normas con una tenacidad implacable, para que nadie deje de caminar por la senda prefijada. La literatura, sobre todo la poesía, expresa la angustia del inadaptado. La angustia, como escribe Heidegger, actúa como un despertador, una llamada de atención, una especie de temor ante un peligro indeterminado donde los poetas existenciales experimentan también un sentimiento muy parecido, una especie de horror ante el vacío, un mundo que se derrumba entre millones de muertos de dos guerras.

M.: ¿Recuerda algo en especial de los viajes que realizó Blas de Otero?

S.C.: A París, en los años 1950-1952, salía todo el mundo, porque había que ir a París, pero es que, además, aquí había una represión terrible. Estábamos en plena

dictadura; salió a respirar; todo adulto escritor tenía que ir a París, y así sale él. Él vendió su biblioteca para poder ir; su biblioteca era su vida. Estuvo un año solamente.

M.: Y allí entró en relación con los ambientes comunistas, por medio de Eugenio de Nora.

S.C.: Sí, claro, allí todos los exiliados españoles, *todos*, eran del Partido Comunista, allí entró en contacto con el Partido Comunista, aunque él ya había leído textos del marxismo. Creyó que ese era el medio de que la gran mayoría consiguiera por fin la justicia, la dignidad, la felicidad... y se lo creía a pies juntillas; entonces, nos lo creíamos todos.

M.: ¿Se mantuvo esa relación con el Partido Comunista a lo largo de su vida?

S.C.: No era una persona de partido, en el sentido de un militante oficial. Blas era de los que querían ir a su aire, pero lo que pasa es que él había leído muchos textos marxistas. El ir a los países socialistas fue porque él nunca se fiaba de lo que los políticos dicen. Se fue allí realmente a comprobar si era cierto que se podía conseguir una vida digna para la gran mayoría del proletariado, como es natural. Pero la lengua le dificultó bastante; vio que no todo era tan idílico como se decía en los libros, pero tampoco se dio cuenta de mucho ni en China ni en la Unión Soviética. Entonces, le invitaron a ir a Cuba y vio que era la oportunidad de poder estar en un país que estaba organizado por el socialismo y al mismo tiempo, entenderlo, porque podía hablar con la gente del pueblo. Y fue. Y la verdad es que vino muy entusiasmado con la revolución cubana, pero sí que detectó cierta falta de libertad, así lo dejó escrito, y aquello le pareció rechazable. Pero siempre volvía a Bilbao, siempre, siempre.

M.: Un poeta utiliza las palabras como elemento de trabajo básico ¿Cuál era la relación de Blas de Otero con las palabras? ¿buscaba intensamente la palabra precisa?

S.C.: Estaba en una relación continua con la palabra, era un hombre muy silencioso, hablaba poquísimo —a veces, nada— pero tenía un gran discurso interior, tal como decía de Rosalía de Castro. De Rosalía no se podía hablar, Rosalía es sentirla y vivirla, compartirla. Su relación con la palabra era continua, estaba siempre edificando, haciendo el poema por dentro, y eso lo dice en una explicación que da sobre su poética, o sea, sobre cómo compone: “por contención, por búsqueda y por espera”, es decir, continuamente iba saliendo, pero, claro, era un hombre tan silencioso... Luego, leía muchísimo, leía de todo. Era un lector de absolutamente todo: de periódicos, de filosofía, de economía, de física, que le gustaba muchísimo, y luego, claro, estaba la literatura, sobre todo la poesía. Así que ese quehacer continuo de la palabra yo creo que sí es cierto, que el poema salía prácticamente hecho en el momento en el que cogía ya el lapicero o la pluma, y eso lo demuestran los manuscritos; existen manuscritos asombrosos de sonetos —bueno, este mismo que le acabo de entregar no tiene ni una sola corrección; ahora, al pasarlo al libro existe una variante, un verso entero de variante—. No digo que siempre, hay otros poemas que están muy retocados. Sí, creo que era un cuidadosísimo poeta. Ahora, que tuviera una gran facilidad... pero trabajándola. El poeta nace, pero también se hace.

M.: Los poemas suelen ser, por su propia naturaleza, literatura de carácter personalísimo, íntimo, pero que, sin embargo, es ofrecida al lector a ciegas y lo que es peor, a la crítica. ¿Cómo reaccionaba Blas de Otero —aunque ya fuese un autor consagrado— ante la publicación de una nueva obra?

S.C.: Reaccionaba bien. En primer lugar, porque nunca tuvo malas críticas. Se podía criticar la poesía social, pero no a Blas. No había críticas en contra de él, porque siempre se le respetó, porque Blas, escribiera lo que escribiera, ponía allí absolutamente todo su arte. Lo que ocurre es que a veces le parecían bien críticas en contra de los movimientos anteriores; por ejemplo, la de “los novísimos”, que criticaron durísimamente a los poetas anteriores, le parecía bien, decía que es la única manera de que se moviera la literatura. La única manera de ensayar nuevos caminos era criticando al de atrás, está clarísimo. El joven, para constituirse en adulto, tiene que criticar al padre, no tiene más remedio. O sea, ¿qué es lo que no le gustaba? Lo que él llamaba “destripar mi poesía”. A mí muchas veces me decía, cuando le preguntaba algo, “¿para la tesis?”, porque yo al principio iba a hacer la tesis sobre Blas, “¿no será para tu tesis?” No, es una pregunta que te hago, porque tengo dudas para mi clase. “¡Ah!, bueno...”; no le gustaba que entrasen con escalpelo en la poesía, pero eso es inevitable.

M.: Antes ha mostrado cierto malestar con la crítica:

S.C.: Voy también en contra de mí misma. Yo también doy una manera de lectura de Blas, creo que doy muchas razones textuales; por ejemplo, es muy difícil que nadie me vaya a atacar en lo que yo digo de Rosalía porque ahí está lo que escribió el propio poeta y luego lo adorno leyendo textos de Blas que son el mismo sentido del horror y del vacío y del miedo de Rosalía. Ahí ¿quién me va a decir que no? Ahora, esta interpretación de la muerte, por supuesto que es una interpretación mía, pero estoy tan segura, tan segura, porque también he sido joven, y que cuando se es joven no se tiene miedo a la “muerte-muerte”, a que se acabe la vida: se tiene tal cantidad de vitalidad que nunca piensas que la muerte te va a llegar; bueno, por lo general. Expresar el miedo de esa manera tan brutal y tan tremenda, ¿que fuera por la muerte de su padre y de su hermano? ¿que la crisis la produjo la muerte? No, yo pienso que las muertes del padre y del hermano lo que hacen es que le llevan a un camino que no era el suyo. Y ahora me voy a meter un poquito con mis compañeros los críticos, porque no hubiera sido nada difícil detectar la presencia de Rosalía. El investigador, el propio investigador debe ser un lector y, a ser posible, lector apasionado. Es necesario leer y enamorarse con la lectura de ese escritor.

M.: Según algunos críticos, desarrolló con respecto al País Vasco una relación compleja y difícil de amor / odio ¿Cree que esta relación se concreta de algún modo en sus poemas?

S.C.: De conflictiva, absolutamente nada. ¡Ah!, ¡con Bilbao! Bilbao es distinto porque Bilbao es la ciudad donde estaba su madre, donde estaban sus amigos de la burguesía, donde había sufrido su conflicto. Entonces, él se había autodesterrado, se había apartado de su grupo social. Por eso, atacaba de una manera durísima la hipo-

crecía de Bilbao. La hipocresía de la burguesía de la posguerra. Eso se ve en los poemas de Blas y está clarísimo. Pero no es por el País Vasco. Él escribe sobre la zona rural, donde vivía la familia, su abuela, con mucho amor.

M.: ¿Cuál es la opinión que le merece la crítica respecto a la relación literaria Rosalía de Castro y Blas de Otero?

S.C.: Pues bien, el investigador ha dado entrada a una serie de juicios y lugares comunes, en una especie de cajones, muy bien etiquetados todos, que meten al escritor y al poeta en una especie de escuelas y tendencias y es inútil. “Y eso que dicen que dice”, pues no es del todo cierto, se dicen otras cosas. Lee desde ti mismo. La lectura es siempre una obra a medias entre el lector y el escritor. Incluso, el lector puede leer cada vez de una manera distinta, porque él también es distinto ya, tiene otras experiencias, otras lecturas, la vida le ha enseñado otras cosas. Leemos desde nosotros mismos, aunque parece que algunos críticos siempre leen por lo que dicen los otros. Así, los poetas de la posguerra tienen un rumbo marcado, un estilo muy fijo de poetas sociales, y se tapan una serie de matices que se hubiesen podido detectar si se hubiera tenido en cuenta que escriben siguiendo distintas tendencias, distintos gustos; pero no, los denominan “sociales”. De este modo, se tapan otros matices que el lector hubiera podido encontrar, incrustar si hubiera estado menos “avisado” y hubiera tenido inesperados encuentros. Pues bien, se encuentra Rosalía de Castro en Blas de Otero.

M.: ¿Cuál fue la relación de Blas de Otero con Rosalía de Castro?

S.C.: Blas menciona a Rosalía en cuatro textos poéticos: Uno de ellos lo titula “Hoja Nueva”, bien claro es el significado del título, procede de 1948-49. Como no existe manuscrito, no sabemos exactamente la fecha, pero por comparación con otros que sí que están fechados, me inclino a que sea más de 1948 que de 1949. Hay que tener en cuenta que el primer libro que se edita es *Ángel fieramente humano*, de 1950. Así que es de las primeras cosas que escribe Blas, primer testimonio de su acercamiento a Rosalía de Castro, pero no fue publicado en *Ángel fieramente humano*, sino en *Ancia*, en 1958. Lo que hizo en este libro fue cambiar la ordenación de los poemas con respecto a la edición independiente de los libros anteriores; incluyó cuarenta y ocho poemas más. Cuarenta y ocho poemas más en un libro suponen, para mí, otro libro, con una ordenación distinta, con muchas variantes, el libro *Ancia* es un libro completamente distinto de *Ángel fieramente humano* y *Redoble de conciencia*. Lo publica ocho años después de *Ángel fieramente humano* y ahí es donde aparece “Hoja nueva”, porque recoge los textos que habían quedado en su primera etapa sin incluir en el *Ángel fieramente humano*. El texto segundo fue compuesto en 1967 y el tercero en 1968; ambos son prosas poéticas, de su libro de poesía *Historias fingidas y verdaderas*, un libro escrito en Cuba, y el que faltan algunas copias manuscritas: es normal en virtud de muchas vicisitudes que pasaron allí, entre ellas, un divorcio. En muy poco tiempo todo, y luego la vuelta en avión... es normal que se pierdan materiales. Fue publicado en Madrid en 1970. El cuarto texto es de su libro inédito *Hojas de Madrid*; fue compuesto en marzo de 1969. Este sí que tiene fecha, sabemos perfectamente la fecha. En casi todos la mención a Rosalía es explícita, nombra a Rosalía; en

otros, no hace falta que la nombre, puesto que el título es “Hoja nueva” y, además, copia un trozo al final, que es de un poema de Rosalía de Castro. No existe la más mínima duda de que a través de toda su obra ha tenido una comunicación poética con la escritora gallega durante toda su vida. Este recorrido bibliográfico que he hecho de su obra es precisamente para darnos cuenta de que la obra de Rosalía de Castro ha sido una compañía permanente del poeta bilbaíno y aún me atrevo a decir, y tengo autoridad para decirlo porque se lo he oído decir a él mismo, que creo que Rosalía ha sido más que una compañía poética, ha sido una especie de hermana de espíritu. El se reconocía y se apoyaba en la poesía de Rosalía de Castro, y digo en su poesía y no en la persona de Rosalía de Castro. Lo mismo que cuando entramos en una habitación y parece que aquella habitación ya la hemos habitado antes, y nos sentimos bien, porque está habitada por una sombra que en cierto modo también nos pertenece.

M.: El concepto de la soledad une la lírica de Rosalía y Blas de Otero. ¿Es esta una unión nacida del reconocimiento intelectual o de la comprensión sentimental?

S.C.: La razón tiene que guardar silencio, no hay explicación posible. Los pilares que hasta entonces habían sustentado el significado de la vida se están también derrumbando ¿dónde agarrarse? Tantear a ciegas, palpar tanta oscuridad, ahogarse en la soledad, elijo las palabras porque estas son las que enlazan con la poesía de Rosalía: “oscuridad”, “ciego tantear”, “ahogarse en la soledad”. ¿Quién puede negarle a Rosalía de Castro la expresión de la más radical soledad? El miedo a lo desconocido, la orfandad del silencio, esta hija desterrada, la búsqueda de un asidero, la inadaptación total, el dolor... ¿Qué lector de ahora mismo se lo puede negar a Rosalía de Castro? Esta Rosalía es la que estremeció —digo el verbo porque va a acompañar siempre en Blas de Otero la descripción que haga él de la poesía de Rosalía—, lo que ama él de la poesía es “estremecerse”, no es la voz que clama por la justicia, por los sentimientos del pueblo, sino la deseosa de lamento tembloroso, la soñadora, la mujer de la soledad. Los calificativos que la definen para el poeta vasco siempre son los mismos: “estremecida”, “temblorosa”, “como niebla en el valle vaga”, “habitante del misterio”. Y no es la mujer en su biografía real la que le conmueve, sino la expresión poética, la perfección de la palabra escrita, la auténtica poesía.

M.: ¿Podría relatarnos alguna anécdota que ilustre esta estrecha comunión literaria entre Rosalía de Castro y Blas de Otero?

S.C.: Yo recuerdo que en cierta ocasión en que yo estaba preparando la clase y hablaba de Rosalía de Castro —por cierto en el programa de la Universidad de entonces no incluían a Rosalía de Castro en la literatura española, yo, por supuesto, pues sí, porque era una de mis poetisas preferidas—, y entonces le pregunté por Rosalía y me dijo “¡chist! A mí no me hables de Rosalía, Rosalía no es para hablar de ella, es interior”. Es tuya, pero no para hablar de ella, sino para que te guste. Yo estoy muy segura de ese sentimiento que unía a Blas de Otero con Rosalía de Castro.

M.: Además de la relación que ha señalado que existía entre la poesía de Blas de Otero y Rosalía de Castro, ¿existe alguna otra conexión con la literatura gallega?

S.C.: Está También Curros Enríquez. Hay una cita que hace Blas de Otero a Curros en *Historia Fingidas y Verdaderas*, y luego mucha amistad y mucha relación con Celso Emilio Ferreiro, esta es la parte de la relación con la literatura gallega.

M.: ¿Y con Valente, en particular?

S.C.: Es un poeta más joven, de la llamada “segunda generación de posguerra”. Sí, había relación, por supuesto. Aunque Valente sí le ha dedicado poemas a Blas, Blas a Valente, no. Así, a poetas contemporáneos... a dos poetas vascos, a poetas que no fueran vascos no les ha dedicado nunca un poema. Fue a los amigos de relación continua, como a Gabriel Celaya, que le dedicó un poema, igual que a Aresti, ambos son vascos, y luego a un escultor que también escribió poesía, que es Jorge Oteiza.

M.: ¿Cuáles son los objetivos de la Fundación Blas de Otero?

S.C.: Mi contribución como presidenta de la Fundación Blas de Otero a la Asociación de las Casas-museo ha de ser muy limitada. No tenemos casa-museo, y es posible que no la tengamos nunca. Además, es una fundación tan niña que sólo llevamos dos años de vida. Sin embargo, nuestra andadura es firme, y también la proyección pública en la autonomía vasca, a través de los medios de comunicación, sobre todo por el eco del congreso y la exposición, que han sido amplios y bien acogidos por la entidades públicas y privadas, por el mundo académico y el público bilbaíno. Voy a hacer una contribución limitada, pero espero que la casa-museo de Rosalía de Castro reciba un homenaje poético de Blas de Otero a, y cito palabras textuales, “una de nuestras mayores poetas, de los tres o siete que estremecen la literatura gallega, catalana, española”; son palabras del propio poeta, que tuvo una presencia de Rosalía de Castro a través de su obra, de toda la obra. Aunque haya sido apenas detectada por la crítica especializada, por supuesto, como yo también me dedico a eso, no puedo decir nada en contra de la crítica especializada, pero está claro que se nos pasan muchísimas cosas. Primero, como lectores, tenemos que leer con mucho cuidado y releer y releer, y cada vez descubrimos algo nuevo. Yo espero para los lectores de Rosalía y de Blas de Otero descubrir esa relación. Traemos una fotocopia-facsímil de autógrafo manuscrito de composición, tal y como lo fue componiendo Blas, de un poema, de tal manera que hasta hay variantes con respecto a la edición en libro, y de una prosa poética, lo que pasa es que esta prosa poética he tenido que traerla en fotocopia porque no está el manuscrito, sin embargo, en algún momento ha tenido que estar, porque yo he sacado copia; igual en cualquier momento podemos recuperar el manuscrito. Y luego existe, escrito por el propio Blas, en una especie de epígrafe para un poema, un trozo en el que habla de esta prosa, y es justo el trozo donde nombra a Rosalía de Castro; entonces he traído fotocopia-facsímil del trozo donde habla de Rosalía y también lo entrego para la Fundación Rosalía de Castro. Traemos también otros dos textos, estos extraídos del libro, porque no existen fotocopias. No sólo colaboraré con la Fundación Rosalía de Castro, porque así se lo he prometido, sino que haremos fotocopias facsímiles para los distintos escritores, porque Blas nombró a muchísimos. Como homenaje a la lectura y a los poetas predilectos; entre ellos, a Ge-

rardo Diego. Como ya he sido advertida por los responsables de *Acamfe*, una de las labores necesarias que deben emprender los asociados es la de compartir los facsímiles de los manuscritos en los que se nombre el autor de la casa-museo o fundación, a fin de que puedan quedar en los fondos al servicio del público y los investigadores. Esta de hoy es nuestra contribución a Rosalía de Castro.

M.: Para finalizar ¿podría hablarme de su relación personal con Blas de Otero?

S.C.: Fuimos novios el año que él llegó de París y a mí me gustaba muchísimo porque es una persona muy guapa. No hablaba y escribía tan bien. ¡Es ideal! ¡tú te imaginabas lo que querías! Lo que ocurre es que luego tuvimos un enfado, cinco años, con un matrimonio en Cuba intermedio que duró tres años, que fue horrible ¡y así volvió!, con un cáncer y habiéndose divorciado. Y entonces nos volvimos a encontrar en Madrid y fue un reencuentro para toda la vida. Yo lo que puedo decir es que todo lo que yo hubiera podido soñar y pensar de la convivencia, con Blas era mil veces mejor que todo lo que yo había imaginado. Era una persona que estaba enferma, porque tenía sus depresiones cíclicas, pero es como quien tiene una pierna mal, es decir, son paréntesis en la vida que aprendimos a sobrellevar. Y, por lo demás, era una persona con la que era fácil. Él se dedicaba a sus cosas, era muy respetuoso. Era un hombre al que le parecía que las mujeres éramos maravillosas, porque ¡cuántas cosas hacíamos!, ¡qué bien hacíamos la comida!, recogíamos todo rápidamente; ¿tú te imaginas a un hombre que admira lo que hacen las mujeres en casa? Decía: “Parece mentira, las mujeres ¡en un momento habéis recogido la casa!”. Eso es muy gratificante.

M.: ¿Y cómo es su relación con la obra de Blas de Otero?

S.C.: Yo conozco muy bien su obra. Aparte del conocimiento que yo podía tener de Blas y entender ciertas facetas que igual desde fuera no se pueden entender porque él hablaba poco de sí mismo, aparte de eso, yo me acerqué a su literatura exactamente igual que podía haberlo hecho cualquiera, diríamos, palabra por palabra y con todos los métodos de la crítica más objetiva.

M.: Sí, pero cuenta con la ventaja de conocerlo mejor que nadie.

S.C.: Cuento con ventaja, sí señor, pero también me gusta escuchar la crítica de los demás. Hay obras muy buenas y críticos muy buenos. Lo que pasa es que a veces parece un poco superficial cierta crítica. Hay que tener mucho cuidado, hay que andar con muletas. No interpretar. A mí me da mucho miedo la interpretación. Cuando dicen “esto es símbolo de...”, ¡ay, madre!, ¡horror!, los símbolos. La lengua literaria es mil veces más rica, sobre todo en la poesía, es tan plena, tan llena de significados, que cómo vas a elegir nada más uno, claro que lo eliges porque eres lector, pero siempre tienes que quedarte con la idea de que hay mucho más, por eso cada vez que lo lees, lo ves de una manera diferente, porque tú también eres diferente.

M.: ¿Recuerda cuál fue el primer poema de Blas que llegó a sus manos?

S.C.: Me conocía muy bien la obra de Blas cuando lo conocí. Date cuenta de que en Bilbao teníamos una asociación artística bilbaína, en la que éramos unos “bla-

soterianos” feroces. Yo cuando le conocí, conocía toda su obra muy bien. Y él ya había oído hablar de mí, porque decía que había una chica en Bilbao que conocía su poesía mejor que él, ya sabía, ya le habían hablado de mí en París. Sí, yo creo que he leído a Blas desde siempre..., aunque no le conocía, porque yo no era del mismo Bilbao, sino de Sestao —la parte donde están las fábricas—. Entonces ya teníamos mucho contacto con el arte, porque estábamos en la asociación artística, pero Blas estaba en París. Yo le conocí a la vuelta de París. Era un hombre guapísimo, ¡un hombre muy atractivo!